

# NOTAS SOBRE TEATRO RADIOFONICO

·    P O R

J O S E   R O J A S   G A R C I D U E Ñ A S

**L**AS nuevas formas de arte reclaman una atención y un estudio que muchas veces se les acostumbra negar. En arte, como en otros terrenos, se presenta constantemente la paradoja de que, siendo nuestra época de transformaciones e innovaciones de una intensidad que apenas podría tener semejante en la historia y de un ritmo ciertamente inigualado, sin embargo de ello las tradiciones pesan sobre nosotros con una fuerza desconocida en siglos más vigorosos. Tal fenómeno se debe, precisamente, al carácter de transición de este momento que vivimos: una época muere y otra está naciendo, el pasado nos agobia en cuanto hay de agonizante en nuestro siglo, las nuevas formas surgen por lo que tiene de iniciación y aurora. El punto es apasionante, sobre él mucho se ha escrito y mucho falta por decir; ya lo harán quienes sean competentes y cuando la ocasión y el lugar lo reclamen.

Pero un hecho concreto, derivado parcial de la paradoja mencionada, nos preocupa: nuevas técnicas han sido usadas y aprovechadas para nuevas formas de expresión artística, sus posibilidades en el terreno del arte son inmensas o, por lo menos hasta ahora, inmensuradas, y a esas formas nuevas no se les presta la atención debida. Todavía ahora los más agudos críticos, los más finos espíritus, las sensibilidades mejor dotadas, no obstante que perciben y

gozan la emoción estética de las nuevas formas de arte, cuando escriben y enseñan toman por materia, casi siempre, las formas tradicionales: pintura, escultura, etc., y a los nuevos géneros, v. gr. el cinematógrafo, la radio, los desdennan suavemente como si fuesen indignos de su atención, abandonando su estudio y su crítica a la pluma de los simples cronistas de espectáculos en la prensa diaria o en las revistas de segundo y tercer orden.

Una de estas nuevas formas de arte, producto de nueva técnica, es el teatro radiofónico. En pocas naciones, y eso hasta últimas fechas, se le ha empezado a reconocer el sitio que merece, pero en México casi nada importante se ha hecho ni se ha escrito sobre él. Tal silencio no nos asombra a quienes conocemos, por vivirlo, el medio artístico y crítico de México; bien sabemos que con frecuencia llevamos un compás de retardo variable en dos o cuatro lustros respecto de países más favorecidos; así el año pasado se nos presentó una exposición del *surrealismo* con una visible intención de *épater le bourgeois*, y consiguieron parcialmente su objeto a pesar de sus veinte años de retraso.

Pero también es menester fijar los términos de la cuestión y asegurarse de no incurrir en la grave falta de solicitar un gasto de energías intelectuales y materiales en favor de una causa irrisoria. En efecto, ¿es el teatro radiofónico una rama artística importante? o, mejor aun previamente, ¿hay un verdadero teatro radiofónico?

La respuesta afirmativa ha de ir debidamente sustentada.

El arte teatral ha tenido muchos historiadores, bastantes críticos pero muy escasos teóricos; la causa es obvia y justificada: su venerable antigüedad desde los tiempos de Esquilo—por lo que a nuestra cultura respecta—, su íntima correspondencia al deseo de expresión y ficción de todos los pueblos; su carácter de arte plenamente vivo, directo y próximo al espectador—cuando es efectivamente teatro y no sólo textos literarios—, todo ello explica por qué el teatro no necesitó jamás teóricos que lo hicieran objeto de esquemas y explicaciones, a pesar de que siempre han existido filósofos que suelen arrogarse la tarea de explicarlo todo aunque nadie haya solicitado de ellos tal esfuerzo.

Mas, no obstante, cuando se buscan analogías hay que fijar el perfil de los objetos. Así habrá que hacerlo para resolver aquella cuestión planteada y, para saber qué sea el teatro radiofónico, es necesario ver qué es el teatro.

En el teatro encontramos caracteres, tipos, que resuelven situaciones. Si los tipos llegan a ser verdaderos arquetipos, por sus condiciones de pureza intrínseca, universalidad, etc., y en una acción interesante y viva resuelven una situación, entonces la obra puede llegar al más alto grado de perfección en su género, como sucede en el caso de Shakespeare. Si el autor no logra la repre-

sentación de caracteres o tipos, sus personajes serán manequies o muñecos y la obra resultará deleznable por falta de humanidad. En cambio si, por el contrario, hay caracteres pero no hay acción viva ni situación que resolver, la obra será también imperfecta aunque los tipos estén bien realizados; pueden ser tan finos y profundos como se quiera, la obra podrá llegar a ser hasta un magnífico ensayo de psicología pero no será teatro, al menos buen teatro. Así pues, creemos poder afirmar que: el teatro se compone de *caracteres o tipos* que viven y resuelven una *situación* por medio de la *acción*.

Tales condiciones las pueden reunir, mejor dicho, las deben reunir, las representaciones que se transmiten por la radio. Lógicamente, cuando esas transmisiones no reúnan las condiciones básicas del teatro no podrán situarse dentro de tal género y, de hecho, bien sabemos que suelen darse como teatro diálogos que no son más que eso, en los que no hay caracteres ni acción y, a veces, ni situación que resolver.

Si, desde un punto de vista única y estrictamente artístico, parece a todas luces preferible recomendar que las piezas teatrales difundidas por la radio hayan sido precisamente escritas para esa técnica, desde otro aspecto, el de divulgación y educación artística, es indudable que la radio puede ocuparse del mayor número posible de obras teatrales que tengan verdadera categoría literaria y posibilidades radiofónicas.

Así se ha comprendido ya en muchos países y, aprovechando que el campo del teatro radiofónico es de posibilidades innumerables, ha sido posible radiotransmitir obras de Aristófanes, en París hace siete años; piezas medievales como se hizo con "La comedia de Adán", en Copenhague, etc., y casi nadie ignora que las obras de Shakespeare han ocupado muchas veces los micrófonos en los últimos años, y que los actores de la Comédie Française han llevado los clásicos franceses al teatro radiofónico.

La calidad de dicho teatro es problema distinto. La diversidad de la técnica le impone modalidades y limitaciones de muy diverso género, que el teatro ordinario no tiene. No queremos tratar, en estas notas, de todas las ventajas e inconvenientes que el micrófono le impone: ya sea la movilidad de acción a favor de la carencia de escenario, como de la limitación fundamental de ser un arte exclusivamente auditivo.

Las limitaciones técnicas son determinantes en cada género de arte y el arte no tiene que preocuparse en transformarlas o suprimirlas sino, más bien, en utilizarlas y obtener dentro de ellas y con ellas mismas su propio fin estético. Así, por ejemplo, el arte pictórico no debe preocuparse por romper sus limitaciones de línea, color y superficie tratando de obtener volumen; tal cosa sería un error fatal, el arte pictórico sólo debe ocuparse en conseguir

con esas limitaciones de luz y color sobre un plano, el fin estético que se proponga. El ejemplo podría repetirse para todos y cada uno de los géneros de arte, incluyendo la radiofonía. No debe, ciertamente, tratar de romper sus limitaciones técnicas, pero tampoco hay razón para reducir torpemente el ámbito de su acción.

Una limitación, tan grande que parece llegar a mutilación, es la que propone el autor y teórico de teatro radiofónico Carlo Manzini quien, dirigiéndose a los autores de comedias radiofónicas, quiere establecer como bases primeras de tales obras las dos siguientes: "a) Que el micrófono que recoja la escena que hayáis escrito, deberá estar lógicamente colocado. Explicación: En bien de la lógica y de la verosimilitud de la acción, no se admite que la acción misma se desarrolle, como ha acontecido hasta ahora, en el tranvía, en un café, en un salón, etc., donde no hay, ni probablemente habrá nunca, micrófonos transmisores. b) Que el micrófono que debe recoger la escena misma esté fijo, o sea lógicamente movedizo. Explicación: No deben verse ya micrófonos bailarines, demasiado complacientes, que siguen a éste o aquél personaje, ésta o aquella escena para volver a coger la primera, o la enésima, al gusto del autor. El micrófono después de haber sido lógicamente colocado, deberá permitir que se conserve la unidad de tiempo, de lugar, de espacio, por lo menos en lo que se refiere al acto. . . ." 1

El despropósito del señor Manzini es tan palmario que no vale la pena insistir en refutarlo; hablar de las tres unidades en teatro moderno y en teatro radiofónico es ya un síntoma grave de inactualidad, pero insistir sobre la "lógica y verosimilitud de la acción", en el sentido que da a esos términos es volver a la peor tradición naturalista del siglo XIX. Nuestro teatro contemporáneo puede buscar apoyo y renovación en el teatro clásico y hasta en el medieval —teatro de masas, escenarios simultáneos, etc.— pero fundar un teatro radiofónico con esas limitaciones de fin del siglo XIX nos parece absolutamente inadmisibile.

No pretendemos, en manera alguna, hacer aquí un estudio teórico sobre el teatro radiofónico, pero sí creemos que, de las breves notas que anteceden, es posible derivar algunas conclusiones.

Las características del teatro ordinario o tradicional, señaladas líneas arriba, pueden y deben realizarse en el teatro radiofónico; por eso opinamos que este nuevo teatro debe también como el anterior estar integrado por caracteres o tipos que viven y resuelven una situación por medio de la acción.

---

1 Carlo Manzini. "Discurso por un Teatro Radiofónico", publicado por A. de Maria y Campos en "Carlo Manzini y el Teatro del Aire". Eds. Botas. México, 1939. pág. 14.

Que ello es posible lo demuestran, sin recurrir a ejemplos que acaso todavía no puedan ser comprobados por todos, las aludidas transmisiones de teatro clásico en varios países y diversas lenguas. Que tiene modalidades especiales y peculiares limitaciones lo hemos reconocido ya; considerando todas esas circunstancias creemos tener razón al afirmar, concluyendo, que el teatro radiofónico es, en esencia, teatro auténtico aunque sujeto a las condiciones de pura audición.

En México los ensayos de teatro radiofónico han sido bastante escasos. Por eso no juzgamos impertinente repetir lo que antes dijimos, que no constituye novedad alguna pero que, por desgracia nuestra, todavía es preciso defender en México: el teatro radiofónico por ser teatro auténtico, es una rama artística de importancia, como tal no debe abandonarse su crítica en manos de cronistas y reporteros impreparados; los críticos deben atender cuidadosamente a estas formas de arte, derivadas o condicionadas por las nuevas técnicas de nuestra época.